

division; Ignacio Valdés, batallón 5º de Zacatecas; capitán 1º de artillería Rafael Sánchez, comandante de batallón; capitán 1º de artillería Francisco Castañeda, teniente coronel de infantería; capitán 1º de la misma arma Dionisio Aragon; capitán 2º José J. Ferrer; capitán de caballería segundo ayudante Vicente Torres; capitán de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados, tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesús Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos individuos pertenecen al Cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustín, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Cármen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el día de ayer, mereciendo hacerse mención por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

“Igualmente son acreedores á mención honorífica, los capitanes Eulogio Sandoval, 6º batallón de Jalisco; Guillermo Vélez, ayudante del ciudadano general en jefe; Manuel Ramiro y Santos Solís, ayudantes del ciudadano general en jefe de la primera division; Reyes Rivas y Ramon Ramos; comandante, capitán Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay, del 5º de Zacatecas; Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3º de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la primera division; segundo ayudante Ignacio Méndez, 3º de Toluca, quien sucumbió y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente; Ignacio Márquez, 1º de Toluca; Arcadio Gallegos, 5º de Zacatecas; subtenientes Merced González, Jesús Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5º de Zacatecas; Salvador Ramos, 3º de Zacatecas.

“El capitán Luis G. Olacza, del batallón número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallón, y además se le confiere el grado de teniente coronel.

“De orden del ciudadano general en jefe, el Cuartel-Maestre.—*Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendría mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado expuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el día 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: además, creí que la relación de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondía más bien al parte general que debía rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitación, y según lo permitían las graves atenciones que me rodeaban. Sólo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupo: que al hacer su explosión las minas, levantando una cuadra de la manzana del Pitimín la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduación para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me diera el general D. Alejandro García y aún el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendía aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25, y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su explosión bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés, uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mención; la orden que recibía, era ésta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía. Le mandé decir también con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte, estaría pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaría dentro de poco.

La respuesta que diera á lo anterior, fué la siguiente: que las ór-

denes que acababa de recibir, quedarían exactamente cumplidas. —Situé por la derecha de Santa Inés á mis ayudantes Díaz, Ortega y García Llamas, con el objeto de que me informaran, con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército francés lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna, y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las reservas generales, que se hallaban apostadas en la Plaza de Armas, al mando de los dignos generales Negrete y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojo inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza, y sobre aquellos en que su artillería nos había abierto extensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podía distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la oscuridad que producía el humo del combate.

Las horas se sucedían, y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

Yo hacía penetrar á Santa Inés á mis ayudantes Vega, Calvillo, Ibarra, Lalanne, Sanchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrían en la parte interior del edificio, como para mandar decir al general Auza, que no cesara un punto, fueran cuales fueren las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestión en nuestro favor, sólo se requería acabar de matar á los zuavos de que se componía el regimiento que había penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenían sino estas sencillas palabras: que estaba enterado y que quedarían cumplidas mis órdenes.

A los generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi, les previne: que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y más cuando por los partes que estaba recibiendo, vine en conocimiento, que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedían otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos generales, era la misma que me diera el señor Auza.

Uno de los oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés, me

dijo: que acababa de dejar al señor general Auza, cubierto con los escombros de una parte del edificio que se había desplomado sobre él.

Mandé en el acto que penetraran otros de mis ayudantes, para que dieran á los coroneles Escobedo y Ramírez, las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse: que ya el referido señor Auza, aunque lleno de golpes y contusiones, se encontraba fuera de los escombros, y permanecía en el edificio atacado, por no haber querido que lo sacaran de él, y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando, por el estado de postración física á que lo había reducido aquel incidente desgraciado.

Debo también decir á vd., señor Ministro, para conocimiento del Magistrado Supremo de la nación: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza, á consecuencia del riguroso asedio que sufría aquella, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el más ligero insulto, ni la más insignificante tropelia ó vejación de nuestros jefes, oficiales y soldados, sino muestras de consideración y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo de caer prisioneros.

De varios oficiales franceses que me encontraron en la plaza de Armas y Atrio de Catedral, y que estando ya prisioneros, venían tomados del brazo de algunos de mis ayudantes y otros jefes y oficiales de nuestro Cuerpo de ejército; unos me suplicaron que no se les paseara en triunfo, y algún otro que se les volvieran las armas de que habían sido despojados, después de la derrota que habían sufrido.

A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios más cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el ejército mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabía ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestación á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se les devolvieran inmediatamente.

Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortesmente, siguieron su marcha, custodiados sólo por nuestros oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

Poco despues entraron tambien prisioneros y por las mismas calles los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habian sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espiritu, revelada en sus maneras y en su semblante, se conocia claramente la confianza que tenian en nuestro ejército al hallarse prisioneros y en poder de él.

Dí igualmente la órden para que fueran colocados en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habian llenado los deberes que tenian como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse además que se les tratara con toda consideracion, y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

Los oficiales heridos pertenecientes al ejército francés que entraban por las mismas calles, un poco despues eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos jefes y oficiales, quienes rendian con esto un nuevo homenaje al valor.

Al trasladarme al edificio de Santa Inés, en el que encontre prostrado al general Auza, dispuse que los heridos franceses y los nuestros se levantaran inmediatamente, no obstante los fuegos que el enemigo estaba dirigiendo todavia sobre el referido edificio. En él permanecí para ver cumplida la órden que acababa de dar, así como para relevar personalmente á los batallones 3º y 5º de Zacatecas, con los 1º y 2º del mismo Estado.

Cuando se recogian los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salvaran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió dos oficiales, muchos soldados y al bravo teniente coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cumplir sereno la órden que le dí, una bala de cañon le llevó una pierna.

En vista de esto, mandé al general Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operacion, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros, fuera con una igualdad absoluta, esto es, que los heridos franceses

se levantaran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

Dos horas permanecí en aquel edificio. Las órdenes que dí al general Auza la mañana de ese dia, se las dejé tambien, al retirarme, al señor Ghilardi, quien al recibirlas, me dijo: que su palabra de honor me respondia del cumplimiento de ellas.

Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe: que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demás dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.

Por mi parte observé una conducta diametralmente opuesta, para no hacer más dura y violenta la situacion de los prisioneros enemigos, que no tenian otro delito que haber caido en nuestro poder llenando honrosamente sus deberes de soldados. Dí al efecto órdenes desde principios de ese mes, para que ninguno de ellos fuera empleado en trabajo alguno; porque quise dar una prueba, observando para esto el mismo programa que el gobierno de mi país, de que aceptaba México la guerra injusta que se le hacia, pero de una manera digna y caballerosa, y sin barrenar en lo más mínimo los principios del derecho de gentes, ni las prácticas que para templar los rigores de la guerra, ha introducido la civilizacion.

Multitud de cartas de oficiales y soldados franceses, dirigidas á los compañeros y jefes que tenian fuera de la plaza, á sus familias residentes en Paris y otras ciudades de Francia, y al general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, demostraban lo que acabo de manifestar. En ellas se decia: que al ser hechos prisioneros no habian visto dentro de la plaza y por todas partes, sino la humanidad y la civilizacion; que habian sido visitados por oficiales mexicanos decentes é instruidos, y recibidos de ellos atenciones de exquisita delicadeza, cuando por los informes apasionados que recogieron en Francia, tenian una idea muy triste de los hombres que con las armas defendian en México las instituciones democráticas; que la Francia era una nacion culta y poderosa, y que ellos habian visto y palpado que México hacia esfuerzos por nivelarse á aquella nacion; y que por lo mismo México no podia ser enemigo de la Francia, ni

la Francia enemiga de México; que ellos hacían los más sinceros votos porque se arreglaran bien pronto las diferencias habidas entre uno y otro país, y que tenían esperanza de que esto se realizara, según las cartas que habían recibido últimamente.

En copias y por distintos correos remití esas cartas al Supremo Gobierno, cartas que hacían un justo y merecido honor á México. Los correos cayeron en poder del enemigo, según lo he inferido, tanto porque no volvieron á la plaza, como porque después de mi salida de ella, no ví en los diarios de la capital de México, publicados aquellos documentos, sino los pocos que inserto en seguida, con relación al objeto de que me ocupo.

“Sección de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mexicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de daros las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos; nuestro reconocimiento es tan grande, cuanto puede sentirlo nuestro corazón. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido también la bondad de autorizarme para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento que es la expresión del de todos mis compañeros.

“Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

“Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cuál ha sido la manera con que el ejército mexicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

“Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobación un aviso que he redactado con objeto de mantener la disciplina; si lo juzgáseis á propósito y conveniente, os suplico que me autori-

ceis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

“Esto no es más que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

“Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento y aceptad de todos nosotros las gracias más sinceras.

“Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado).—Blotd, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.”

“Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor general en jefe del ejército mexicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le da las gracias con todo su corazón y á nombre de todos.

“Aprovecho también esta ocasión para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros, que se encuentran en los establecimientos ó hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

“Cada uno debe considerarse feliz en medio de las desgracias de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitarlos, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oído decir, que estábais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aun con mucho cuidado; demos las gracias todos, á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

“Muchos de vosotros teneis heridas graves; haceldas más honrosas, mostrándoos en medio de vuestros sufrimientos, con toda la energía y abnegación de que seais capaces, aceptando vuestra posición. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontrais. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen los recursos sufi-

cientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hacia sus agentes.

“A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

“El sargento 1º Melier, pasará diariamente por mañana y tarde, á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados; y que éstos se muestran reconocidos hacia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo, sean respetuosos con las buenas Hermanas de la Caridad, que así como las nuestras, se sacrifican por la humanidad.

“El sargento Labrinié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

“Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blotd.*”

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos, Duchesné, á sus padres:

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crean vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad: estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

“El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500

hombres próximamente que tomamos parte en el combate, sólo 70 ú 80 quedaron sanos.

“Adios amados padres, etc., etc.—(Firmado).—*Duchesné.*”

Carta del capitán Blotd al subteniente Derné.

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir ésta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8ª compañía que quedó en el campo.

“Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró excesivamente digno y benévolo para todos.

“Nuestro pobre sargento 1º murió ayer á causa de sus heridas, despues de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

“Nuestro batallón está de desgracia: aquí estamos tres oficiales; Abril, yo y Salata, que no tenemos más que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilair, y Bormchligel, fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemlly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que ménos. Galland está bueno.

“No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

“Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el francés, y respetan nuestra desgracia

“En mi parte que dirijo al coronel, están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento, con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena, que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

“Agregue vd. á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento . . . —(Firmado).—*Blotd.*”

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente, consu-
DEFENSA.—14.